

# EL AMIGO DEL POBRE

PUBLICACION QUINCENAL

Con censura Eclesiástica

«Este precepto os doy: que os améis los unos á los otros como yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

## CUESTIONES DE SIEMPRE

—No hay que darle vueltas, D. Filoteo, los enemigos del pueblo son los que visten sotana; ellos son los causantes de todas las calamidades que pesan sobre el desgraciado pueblo español.

—Sí, hombre sí. Las cosas claras. La gente de sotana tiene la culpa, de todo; hasta de que los chiquillos se mueran de sarampión, y los grandes de viruelas ó de pulmonías.

—No me refiero á eso, D. Filoteo. Tome usted las cosas en serio, y no dejará usted de comprender, que el pueblo español tiene sus enemigos, y estos no son otros que los Obispos, los Curas, los Frailes, en fin, la gente de Iglesia. Ellos, se lo repito, son los causantes de todos los males y desgracias que nos afligen. Y si usted no quiere creérmelo, lea los periódicos de gran circulación, y allí lo verá usted escrito en letras de molde.

—Bueno, hombre. Lo tomaremos en serio, y doy por sentado que lo mismo que tú, dicen los periódicos de gran circulación. Es decir, que el Clero tiene la culpa de todas las calamidades que como una losa de plomo pesan sobre nosotros. Pero ahora supongo que me dirás cuáles son esas calamidades, porque ya que la acusación es tan grave, merece la pena de señalarlas, pues supongo que tú no serás del número de los tontos que todo se lo creen, ni supondrás que yo voy á creer todo lo que vea escrito en letras de molde, y más tratándose de los periódicos. Con que, Teóforo, al grano, y vengan una por una la enumeración de esas calamidades, si no voy á decir de ti, que eres un embustero.

—Hombre, eso es mucho pedir. Yo así lo he leído, y algo habrá cuando así lo dicen.

—Esa razón no vale. Cuando á una persona se la acusa de criminal ó delincuente, hay que señalar el crimen ó el delito que da origen á la acusación. De otro modo la acusación es una vil calumnia. Con que no hay que perder tiempo. A ver qué es lo que hace el Clero, para que se diga de él que es el causante de todas las desgracias que España sufre.

—D. Filoteo: el enemigo de España es el clericalismo, y ahí están metidos los Obispos, los Curas y los Frailes, y no me maree usted con más preguntas, por que no sé más.

—¡Qué has de saber! Como que no hay tal enemigo! Y todo ese mal y ese daño que, según dices tú causan al pueblo español los Obispos, los Curas y Frailes, no existe más que en los periódicos enemigos del Clero. Y si no, vamos á descender á casos particulares, y verás cómo tú mismo me das la razón. Los que por los cuatro costados están reventando al pueblo español son: aquellos alcaldes y concejales que maldito lo que se interesan por el bienestar del vecindario; los gobernadores que autorizan y explotan el juego y otros

vicios peores; los funcionarios que cobran grandes sueldos sin hacer otra cosa que darse buena vida en sus casas, y fuera de ellas; los jueces que administran justicia según el partido á que pertenece el que la pide, ó según las recomendaciones que lleva por delante; los diputados que antes de las elecciones prometen mucho y en cuanto pescan el acta no bailan más que al son que les toca el gobierno, á cambio de dar, ó conseguir empleos con sueldo del Estado para unos cuantos amigos que siempre han querido vivir y cobrar sin trabajar; los periodistas que escriben á gusto del que mejor les paga; los Gobiernos, en fin, que tratan al pueblo peor que á un esclavo, formando presupuestos para estrujar sin piedad los bolsillos de los contribuyentes, cuyo dinero va á parar en su mayor parte á manos de los caciques y vividores que no son más que sanguijuelas de la patria dictando leyes y decretos que arruinan la agricultura, la industria y el comercio. En una palabra, que el pueblo español ve agotadas las fuentes de riqueza, y pide protección á los diputados y gobiernos, y estos en vez de compadecerse y aflojar un poco, aprietan más y más los tornillos, y ven que el pueblo no puede con las sanguijuelas y le hacen una sangría suelta. Estos son los hechos, Teóforo, y estos hechos son los que entre horribles padecimientos, están quitando la vida al pueblo español, y con la vida la honra, que vale más que todo. ¿Puedes tú, ni nadie que tenga ojos en la cara, negar estos hechos y los efectos desastrosos que están produciendo?

—Lo que es eso de negarlo, no señor. Habla usted mejor que un libro.

—Pues entonces, ¿á qué viene eso de cargar la culpa á los Obispos á los Curas y á los Frailes? que se la echen á Montero Rios, á Moret, á Canalejas, á Romanones, á Maura, á todos los que son y han sido ministros, y han ocupado altos puestos en la política y en la administración, nada tiene de particular; al fin ellos son los que nos han gobernado y nos gobiernan; ellos son los que hacen los presupuestos y dictan esas leyes que están causando la ruina de la nación. Pero á los Obispos, á los Curas y á los Frailes, ¿por qué? Si los alcaldes, gobernadores, diputados y ministros fuesen Obispos, ó Curas ó Frailes, si las leyes y los decretos que arruinan la agricultura, la industria y el comercio los diese el Clero, si el Clero dirigiese los destinos de la nación, entonces podría decirse de él, que era el enemigo del pueblo. Pero no lo olvides: los que dirigen el cotarro son esos altos políticos que se llaman Montero Rios, Moret, Romanones, etc., etc. Y cuando el pueblo cansado de sufrir, rabia, y maldice á sus enemigos aunque ciertos periódicos digan que el enemigo es el Clero, el pueblo, fijate bien, el pueblo no maldice al Obispo A, ni al Canónigo B, ni al Cura X, sino que maldice, y echa venablos contra Montero Rios, ó contra Moret, ó contra Romanones, ó con-

tra Maura y contra todos los que están y han estado en el poder, y en vez de mejorar la suerte del pueblo español, la han empeorado más y más cada día. Esto es lo que hay, aunque otra cosa digan ciertos periódicos por la cuenta que les tiene. Los que se dedican á la política para triunfar, y enriquecerse.... esos, Teóforo, esos son los enemigos del pueblo.

Filoteo.



## EL ROSARIO DE LAS MODISTAS

¿Habíase visto cosa más rara que un rosario colgado en aquel sitio?

En aquel local, taller de modista de fama, sobre los tonos chillones de papel que cubría las paredes, entre cuadros de figurines y cromos de cantantes famosos y toreros, junto al llamativo calendario, del mismo clavo que colgaban unos cuantos patrones ya inservibles, pendía lleno de polvo un pobre rosario de cuentas negras de madera, que alguien, no se sabía quién, había perdido por aquel suelo lleno de papeles y de trapos. Colgado de aquel clavo allí se estaba sin que nadie se fijara en él.

¡Pobre rosariol! Ciertamente que no era ese su sitio, pero podía darse por contento de no haber ido á parar á la basura.

Al menos puede ufanarse de ser el único signo religioso que hay en toda la casa. ¡Hay en ella tanto que hacer! ¡Queda tan poco tiempo para nadal! ¡Va tan bien el negociol!

En torno de una mesa grande, colocada cerca del balcón, siempre cubierta de maderas, de pedazos de tela, de hilos, de mil cosas, trabajan hasta media docena de oficiales, media docena de modistillas que han vivido demasiado á pesar de su juventud. Hadas infelices que, sitiadas por montones de tela suaves y vistosas, fascinadas por aquel continuo pasar de adornos y de encajes, palidecen sobre su labor con eternas preocupaciones de elegancia y de lujo.

Con todo, no están jamás calladas, ni tampoco serias.

En pie desde las seis de la mañana, sin más rato libre que el justo para ir á sus casas á comer y á descansar, pasan por la vida esclavas del trabajo, tal vez un poco olvidadas de algo que debe interesarles, tal vez demasiado ligeras.

—Di, Rosa, ¿qué harías tú si fueses rica?

—¿Yo? Viajar hasta que me cansara.

—Pues yo, dice otra, me iría á vivir á París.

—Yo á Sevilla...

Todas sueñan con huír de esa sujeción, de esa monótona atmósfera de taller en que se marchitan.

—No sé qué tengo hoy... ¡Estoy nerviosa... no se hacer nada?... ¿Quién me ha quitado mi dedal?... ¡Ah! Aquí está...

—Lo que tú tienes es que has sabido...

—Mirad, mirad, interrumpe una chiquilla de quince años, mirad ese cura que se ha metido en un charco.

—Y sobre las telas y las sillas se avanza a los cristales del balcón y todas ríen y luego vuelven á sus fruncidos y á sus volantes y á sus pliegues y á sus elegantes entredoses... y también á sus risas y á sus chanzas.

Pero á quien tienen miedo, un miedo verdaderamente terrible, es á la maestra, aquella viuda trabajadora y avara, joven en sus cincuenta años, sólo sería y desdénosa con sus operarias, sonriente y oficiosa con sus parroquianas.

¡Gracias á que está casi todo el día fuera del taller, en las salas de prueba!

Ya es una cliente que viene á dar prisa, que necesita para aquella noche su vestido. Ya es otra, que está horas y horas mirándose la falda, ante el espejo, contemplando con asiduidad las líneas del corte, quejándose de todo. Ya es el cobrador de las contribuciones, ya el de la luz, el de la sedería, el de la cuenta de los Grandes Almacenes...

Y la modista atiende á todo, en todo se fija, vive con todas esas preocupaciones aplastantes... y las oficiales, allá dentro, en el taller bullicioso y lleno de ilusiones, ríen y cantan y bromean y cosen, á veces hasta muy entrada la noche, á veces hasta la madrugada... Pero entonces no ríen, ni cantan, ni bromean, pues trabaja con ellas la maestra, y las manos tiemblan de fatiga y los ojos se debilitan soñolientos sobre aquellas naderías de femeniles vanidades...

Un día, una de las oficiales faltó al taller. Estaba enferma.

Al otro día, las noticias que de ella tuvieron fueron peores. Una pulmonía que la mataba probablemente.

Y las modistillas no rieron tanto aquel día.

Al siguiente aquello iba muy mal. Las que fueron á verla al mediodía volvieron al taller con la impresión de aquella mirada triste de la enferma, de aquellas palabras que sonaban á forzosa despedida; Aquella tarde le llevarían el Santo Viático.

Y la tarde pasó en el taller lenta, amarga, desesperante,

En vano intentaba hablar alguna de las operarias.

—¿Habéis visto la boda de esta mañana?

—El traje de la novia era precioso. El velo de punto de Inglaterra.

—Esa sí que es feliz...

Y otra vez se hacía un silencio agobiante, largo, en el que se sentía el ritmo del aliento y el ruido de la aguja.

Era demasiado trabajo para aquellas cabecitas de pájaro, el sentir que una amiga querida se iba para siempre.

Llegó la noche. La maestra marchó á ver á la enferma. Las chicas continuaban tristes y calladas. Un mismo pensamiento agitaba sus almas:

¡Tal vez haya muerto!

—¿Queréis que recemos el Rosario por Julia? exclamó de pronto una de ellas, que fijó al azar su vista en el rosario allí colgado hacía tanto tiempo.

Las demás la miraron sorprendidas.

¿Rezar? y en el taller?

—Es una buena idea, dijo una; recemos por la pobre Julia.

Y unos dedos pálidos y finos descolgaron el polvoriento rosario y supieron hacer correr sus cuentas entre ellos, y aquellas ligeras muchachas rezaron.

Estaban salvadas.

Al día siguiente, á la misma hora, el rosario fué descolgado, y así al otro día y al otro y todos los días ya. Se habían acostumbrado. Y lo más extraño era que la

maestra, tan celosa del tiempo, no se oponía á ello,

El taller, antes tan loco, iba cristianizándose. Aquel cuarto de hora empleado en invocar á la Virgen, en el que una suspendía su labor para llevar el rosario y las otras respondían inclinadas sobre el trabajo, era rico en consuelos y frutos ignorados. Durante esos quince minutos pensaban en sus penas, pensaban en Dios, pensaban en sus almas...

Ya no se reían de los curas que pasaban bajo los balcones del taller, ya no trabajaban los días de fiesta, ya no las dejaba la maestra consumirse en veladas larguísimas de trabajo, ya cumplían mejor con su obligación.

Aquellas seis oficiales tenían ya otros ideales...

Y digo aquellas seis, porque Julia, aunque muy pálida y un poco triste, vivía.

J. Le Brun.



LA OPINIÓN PÚBLICA

¡La Opinión! Mudable viento, norte incierto, pregón falso, que hoy alza á un hombre un cadalso y mañana un monumento. La engendra y le presta aliento del vulgo la estolidez, y por modo tan soez dicta fallos de contínuo, que hace oficio de asesino vistiendo toga de juez.

Pedro Huguet Campañá.



¡HAY PROVIDENCIA!

I.

Ricardo era de esos industriales que, con tal de *hacer dinero*, pasan por todo y atropellan hasta los Mandamientos de la Ley de Dios.

Cada vez que yo le recordaba aquella máxima *¿qué aprovecha al hombre ganar todo el oro del mundo, si al fin pierde su alma?*, me contestaba riendo Tú con esos escrúpulos nunca harás negocio; has de tener presente que *si de negocios se trata, se retuerce el corazón* y el alma y todo lo que convenga retorcer.

Ultimamente le ví muy enfangado en cosas de teatro; gastando un dinerito, hizo construir un soberbio edificio donde el público podía por poco dinero, pasar el rato á gusto... del diablo, ¿me entendéis, honrados lectores?

Allí en aquella escuela de malas costumbres, no sólo se cultivaba eso que llaman *género chico*, sino que también había sus sesiones de cinematógrafo y de baile flamenco.

—Chico, le oí con dolor una vez, las cintas verdes y esas otras donde aparecen horrores de los curas y de los frailes, son las que *mi gente* aplaude á rabiarse; estoy convencido, esto aquí para entre los dos, que hay mucho imbécil, pero como éstos imbéciles son los que me proporcionan dinero, yo les halago y á vivir; figúrate que en poco más de un mes llevo ingresadas en caja, libres de gastos, ¡más de seis mil pesetas! ¡Esto es en-

tender el negocio!. Y tú con tus preocupaciones jesuíticas ¿cuánto ganas al año?, dos mil pesetas, ¿verdad? ¡ja, ja, ja!. No sois del mundo, chicos, no sois del mundo.

Y se alejó calle arriba con aires de hombre satisfecho; yo me quedé un rato mirándole compadecido.

II.

Pasaron bastantes años sin saber el uno del otro. Cierta día, en la junta que semanalmente teníamos los socios de la Conferencia de San Vicente de Paúl, leyó el señor Presidente ésta nota: «D. Ricardo Alvarez y Sanchez, anciano, solo y sin recursos de ninguna especie, que vive calle de \*\*\* n.º \*\*\* solicita por amor de Dios, el socorro de lo Conferencia». (El nombre y los apellidos son supuestos, pues el solicitante vive aún si bién ya no en situación tan precaria.)

Sorpresa inmensa causó en mí la noticia; pudiera ser una semejanza de nombre y apellidos, más quise cerciorarme, y así dije al señor Presidente: ¿Tendría la Conferencia inconveniente en que yo en su nombre visitase, al menos por esta vez, á ese pobre?—Ninguno,—se me respondió.

III.

¡Era él!... si, era él, bastante acabado, enfermo, muy mal vestido, apenas cubiertas sus carnes y viviendo en miserable cuartucho.

—Ricardo... Ricardo... amigo mío!.. ¿qué es eso?.. ¿Cómo tú así?..

—¡Pepe!... ¿quién te ha traído á esta guarida?... ¿cómo supiste?... y se echó á llorar, cual si fuese un niño cogido en falta.

—Me ha traído la Conferencia á que pertenezco y á la que tú acudiste, y además me ha traído á tu lado el cariño que siempre me inspiraste.

—Gracias, puede ser que tú pobre y yo rico no hubiese descendido á tanto.

—Si, si, que á pesar de tus extravíos, tu corazón no es malo.

—Pepe, ya lo vés ¡hay Providencia! hay un Dios que castiga terriblemente al que se ríe de sus mandatos y gracias le doy porque á mí ha querido castigarme aquí, que si lo hubiese dejado para allá... ¡horrible!... ¡horrible!...

—Pero cuéntame ¿qué es lo que te ha pasado?

—¿Recuerdas aquel maldito teatro donde yo me embolsaba tanto dinero á costa de la pérdida de tantas almas?

—Sí, lo recuerdo.

—Pues se incendió por completo. No quedó de él ni las paredes.

—¿No lo tenías asegurado?

—Lo tenía y después de muchos mareos cobré el seguro con el que me disponía á lanzarme de nuevo á la vida aquella, pero el hombre propone y Dios dispone; el castigo á mis pecados había empezado y era forzoso concluirlo, así lo pedían mis provocaciones á la Divina Justicia. Mi

hija, aquella Luisita tan mimada y consentida, ¿la recuerdas?, de la noche a la mañana huyó de mi casa en compañía de un cómico, y con el dinero que yo destinaba para el nuevo teatro. ¡Quedé sin hija y sin un céntimo! ¡qué desgraciado soy! Hace más de un año que ando de un lado para otro, avergonzado, oculto y pidiendo limosna, pero ya no puedo más, estoy enfermo, inútil...

—No te apenes, Ricardo, alégrate de que Dios haya querido castigarte aquí. En lo sucesivo nosotros y yo en particular, veremos de atenderte del mejor modo posible.

Ricardo seguía llorando, teniendo mis manos entre las suyas.

¡Hay Providencia!

Sírvaos ésta lección de aviso á vosotros los que en la prosperidad os parecéis á Ricardo.

J. O. F.

VIVIENDAS PARA OBREROS

A propósito de este asunto, del que ya hemos dicho algo en números anteriores, vean nuestros lectores lo que «El Pueblo Obrero» de Valencia dice, con más otras cositas que merecen tenerse en cuenta:

«Esos bloques que se llaman barrios obreros están desechados en todas partes.

No hay más que dos términos: ó el obrero ocupa en su clase una posición que le permita ahorrar ó no.

Si lo primero, el mejor sistema es el préstamo para que edifique dónde y como quiera con hipoteca de lo edificado y garantías de un seguro sobre la vida, reembolsando el préstamo en plazos mensuales de cuantía equivalente al alquiler. Tal vez la Caja de Ahorros pudiera hacer éstas operaciones, y á la Sociedad Constructora le quedaría el importante trabajo de proporcionar solares y materiales baratos.

Si el obrero no puede ahorrar, hay que procurarle alquileres baratos. A la antigua, mejor; en los pisos altos ó bajos de las casas de los ricos, para establecer aquel saludable cambio de servicios. Como esto no ha de bastar, es necesario edificar exclusivamente.

Para que forméis juicio de lo grave que es en Valencia el problema de las habitaciones obreras y os decidáis á resolverlo de una vez, sabed que las habitaciones más baratas cuestan, por regla general, 18 pesetas mensuales, y que tal como están hoy los jornales, los obreros no pueden pagar más arriba de 12. Nos consta que en la dignísima Sociedad de Propietarios de esta capital se ha iniciado un noble movimiento para remediar este conflicto, comprendiendo los deberes sociales que á la propiedad corresponden. Es de esperar que este movimiento pronto se traducirá en obras.

Debemos advertir que en el tiempo

de vida, relativamente corto, con que cuenta la Sociedad católica de casas para obreros de Valencia, lleva construidas 30 viviendas en la calle del General Pando y 19 en la del Lirio del Grao, que forman un total de 49 viviendas, ocupadas por otros tantos obreros con sus numerosas familias, pues en igualdad de circunstancias son adjudicadas á los que tienen mayor número de hijos menores de 14 años, previo un concurso de méritos entre los aspirantes.

Antes hablamos de los jardines obreros. En Francia los han adoptado muchas Conferencias de San Vicente de Paúl para socorrer más eficazmente á sus pobres. La sociedad arrienda una huerta y luego la distribuye gratis entre sus protegidos para que la exploten. Recomendamos esta obra á las Conferencias de San Vicente de Paúl de Valencia, en las cuales deben inscribirse todos los valencianos para llevar al domicilio del pobre el pan junto con el consejo y el consuelo, que es como debe ser.

Escitaba el P. Vicent en sus conferencias, como habéis visto, á las pobres obreras, explotadas por su debilidad, de lo que tienen mucha culpa las señoras y hasta señoras que pretenden pasar por cristianas. Hace falta que esas mismas señoras constituyan una Liga como las establecidas en los Estados Unidos, Francia, Holanda, Suiza y Alemania, comprometiéndose: 1.º A no comprar donde se trate mal á las operarias. 2.º A no hacer los encargos á última hora. 3.º A no recibir los encargos en domingo ó después de las siete de la noche. Esto podría tomarlo con fé la Asociación de señoras protectoras de los intereses católicos.

Por último ¿por qué no podría establecer nuestro Ayuntamiento, al lado de la Casa del Pueblo, una verdadera Bolsa de Trabajo donde los intereses patronal y obrero, autónomos, se entendieran para bien de nuestra prosperidad y de nuestro progreso, para la seguridad del trabajo y el desenvolvimiento industrial?..»

LOS «AMIGOS» DEL PUEBLO

Supongo que mis lectores habrán adivinado á quiénes me refiero, pues no quiero hablar aquí de los verdaderos amigos del pueblo, aunque no lo pregonen, como son los fundadores de tantos Asilos para ancianos é inválidos del trabajo; de los que recogen y cuidan niños durante el día, mientras sus padres van al taller ó á la obra á ganar el sustento diario, como sucede en Madrid con el Asilo de las Lavanderas, patrocinado por S. M. la Reina madre; con la Cuna de Jesús, que tiene varios Asilos en distintos barrios de esta capital, con el de la Santísima Trinidad, en que se recogen y educan las jóvenes extraviadas; con el del Sagrado Corazón de Jesús, en que reciben alimento é instrucción tantos miles de niños huérfanos; con los de las Hermanitas de los pobres en los que tantos encuentran abrigo y protección

en su vejez, y con tantos y tantos otros cuyo número es interminable, como lo es la caridad cristiana, que inspiró á todos los nobles y caritativos fundadores de tantas instituciones benéficas para el pueblo, á quien aman y quieren como á su propio hermano, conforme nos enseñó Nuestro Señor Jesucristo, pero que nunca le halagan sus pasiones y vicios, cosa que hacen oradores sin conciencia, para sus fines, y para de ese modo, seguir explotando al pobre pueblo.

Pues bien, no me refiero ahora á esos amigos verdaderos del pueblo sinó á los otros, á los que todos los días se lo están diciendo y repitiendo sin que nunca hagan por el pueblo nada de provecho; á los socialistas, que tanto fingen compadecerse del pobre obrero, que si alguna vez tiene la desgracia de morir en el trabajo, en vez de socorrer y amparar á su familia con los medios que tuvieren á su alcance, se les ocurre organizar manifestaciones y gritos de odio contra los patronos y ricos, para de ese modo hacer que no se acuerden de ellos ni de las promesas hechas, que no las pueden cumplir, y su único programa es explotar la desgracia del pobre, cuando de ella pueden sacar provecho.

Así sucedió cuando el hundimiento del segundo depósito y cuando murieron aquellos infelices trabajadores en las obras del Cerro de la Plata, en Madrid; pero que me digan esos jefes socialistas qué socorros llevaron á las pobres familias y qué consuelos; sinó hubiera sido por la caridad cristiana que les socorrió en silencio y sin ruido ni manifestaciones.

No hace mucho murieron unos pobres obreros asfixiados en un pozo negro del Puente de Toledo, pero de estos no hicieron caso y nuestro querido Prelado visitó y socorrió á cada familia con largueza, lo mismo que otras damas caritativas, como la Sra. Marquesa de Esquilache.

El mismo leader socialista, concejal del Ayuntamiento de Madrid, se lamentaba en una sesión, del sistema de andamiaje empleado en las obras de Madrid, con grave riesgo de la vida del obrero, y le contestó otro señor concejal, que es el mismo empleado por dicho socialista en las casas que construye en el Escorial.....

Recientemente se ha demostrado cuando el infame atentado del 31 de Mayo en la calle Mayor, en que perecieron personas de todas las clases sociales, desde las más elevadas á las más humildes, como lo eran los pobres soldados, hijos del pueblo, y por lo tanto trabajadores, pues bien, los socialistas no han tenido la más pequeña frase de compasión para las víctimas ni de protesta por tan horrible crimen, á pesar de que al día siguiente 1.º de Junio se publicó el periódico «El Socialista», repartiéndolo gratis en la Puerta del Sol de Madrid, en ese periódico no se decía nada del atentado, como si tal cosa no hubiera sucedido, ¡ni hubieran muerto tantos hijos del trabajo.

A consecuencia de estas desgracias, el Ayuntamiento de Madrid protestó del atentado y los señores socialistas votaron en contra por cuyo motivo los demás concejales airados se dirigieron á ellos y les dieron una lección contundente; visto lo cual se les ocurrió celebrar un mitin, como lo hicieron el día 17 del pasado mes de Junio, para protestar; y dirán mis lectores, ¿de la sangre derramada?, no señor, protestaron de que en el Ayuntamiento de Madrid se les había atropellado, sin duda les importaba más que la vida de tantos infelices como sucumbieron, los golpes que á ellos les pudieran dar.

Per el contrario, los ricos y los burgueses, á quienes ellos censuraron, se apresuraron

á socorrer con mano generosa y caritativa á todos.

De todo esto puede sacar el pueblo dos consecuencias; que sus verdaderos amigos son los que siguen las máximas de Nuestro Señor Jesucristo, que manda amar al prójimo como á nosotros mismos, amparándole y socorriéndole en sus necesidades y trabajos; y que el socialismo y las escuelas que de él se derivan, son sus enemigos, pues inculcan en sus almas el odio á todo sin darle consuelos ni esperanza, y haciéndole promesas que saben de antemano son irrealizables; pero entretanto ellos van viviendo á su costa.

(Madrid). A. Arias.

PICADILLO

Tienda de *non plus ultramarinos*.  
Que quiere decir «aquí se comercia con todo».

Hasta con las ideas, que es la última manifestación del progreso mercantil; progreso que, como otros muchos, se debe á la prensa rotativa, en particular á las honradas empresas de *El Liberal*, *El Imparcial* y el *Heraldo*, que han acordado formar una compañía, un trust, como ellos dicen, y vender en comandita sus averiados géneros.

Aparece un mostrador, muy amplio; tras él un sujeto muy serio con penetrante mirada, y fija en todos cuantos pasan por delante de la vidriera de su tienda. Con su gorra tunecina, parece un judío.

Entra un señor envuelto en un gabán lacio y mugriento, con todas las realidades de cesante.

—Deme V. una ración de democracia—dijo al judío.

—¿De la monárquica, ó de la republicana?—interrogó á su vez el aludido.

—De la republicana—contestó el viejete—está ya un harto de tanta farsa. Llevo ya dieciocho meses de cesante, y me han dicho que espere todavía. Esto es insoportable. Lo que hace falta aquí, pero pronto, es que venga la república.

Aproximóse un poco más el de la gorra tunecina y asintiendo á las manifestaciones que acababa de oír dijo:

—Tiene usted razón; aquí lo que hace falta es la república; y si no morimos antes, la república vendrá. Tome V.—y le entrega la ración de democracia republicana que consistía en un número de *El Liberal*.

Se va el viejete y entra un electricista, más ó menos auténtico y pide:

—Déme V. cinco céntimos de socialismo.

Y mientras el tendero se pone á despauchar grufie el eléctrico-socialista:

—El socialismo se impone, el porvenir es del socialismo; y desgraciada sociedad sinó viene pronto.

El tendero, mientras alarga un *Heraldo* confirma las anteriores manifestaciones diciendo:

—Es verdad, es verdad; el socialismo tiene que venir, es la solución de todos los problemas pendientes.

Desaparece el del fluido y se presenta un joven al parecer, empleado en alguna oficina pública.

—Un perro chico de monarquía—dice muy seriamente.

Enseguida—contestó el descendiente de los que crucificaron á Nuestro Señor Jesucristo.

—¡Cuánto necio hay en el mundo!—afirmó sentenciosamente el joven—¿Dónde tendrán la cabeza esos republicanos para

empeñarse en lo que no puede ser? ¡Desgraciada España si viniese la república.

El judío le alarga un *Imparcial* diciendo:

—Efectivamente, son unos locos: la república sería la mayor desgracia que pudiese venir sobre España.

Y se presenta una prójima y pregunta:

—Tiene V. un poco de religión?

—Si, señora; aquí hay de todo. Mire V.—y presentaba un *Imparcial*—aquí tiene V. los cultos, las cuarenta horas, la Corte de María, el jubileo; de todo tiene este periódico.

—Así me gusta, que tengan de todo; yo no puedo con esos otros periódicos, gazmoños, que todo les parece malo. Hay que saber y hay que leer de todo.

—Tiene V. muchísima razón señora; hay que saber y hay que leer de todo.

—Pero me han dicho que estos periódicos están prohibidos.

—No sé nada, señora.

—Yo, tampoco.

Y se despidieron, pensando en que, siendo partidarios de saber todo, acaban por afirmar uno y otro que no sabían nada.

De "El Amigo del Pueblo"

DIGNO DE IMITARSE

En la protest ante Inglaterra los soldados católicos oyen Misa los domingos, llevando en vez de armas, un devocionario.

En el mismo, y en uno de sus capítulos vemos los siguientes consejos.

- 1. Al despertar ofreced vuestro corazón á Dios.
  - 2. No dejéis nunca vuestra oración de la mañana por corta que sea.
  - 3. Antes de acostaros bendicid á Dios al menos de corazón.
  - 4. No os acosteis sin haber rezado las oraciones de la noche, y sin hacer un acto de contrición desde el fondo del corazón.
  - 5. Si pasais por delante de una Iglesia y teneis tiempo, entrad y orad un instante.
  - 6. Asistid á la Misa los domingos y fiestas de precepto con devoción.
  - 7. Confesaos y comulgad, si es posible en las festividades principales del año.
  - 8. De tiempo en tiempo ofreced á Dios durante el día, vuestro corazón y vuestro trabajo.
  - 9. Obedeced á vuestros jefes con respeto y buena voluntad, como á Dios.
  - 10. Si caéis en pecado pedid perdón é id cuando podais á confesaros.
  - 11. Tened una gran confianza en el Sagrado Corazón, en la Santa Virgen y en San Miguel.
  - 12. Si enfermais gravemente, haced llamar al sacerdote.
  - 13. Pensad con frecuencia en las almas del Purgatorio.
  - 14. Llevad siempre algun objeto bendecido bajo vuestro uniforme.
- ¡Lo mismo que hacen aquí en España los soldados, siendo como es ésta una nación católica!

CONSEJOS DE HIGIENE POPULAR

—Si os vacunáis y revacunáis, desaparecerá la viruela como en los países donde todo el mundo se vacuna.

La vacuna no produce la viruela: si en algunas personas recién vacunadas aparece la viruela, es porque ya la tenían cuando se vacunaron.

Las epidemias de viruela se cortan vacunando á todo el vecindario de la población atacada.

—Sed limpios de cuerpo, vestidos, alimentos; bebed agua de fuente ó hervida ó filtrada; lavad vuestras ropas en agua no manchada por lavados anteriores y no tendreis el tífus.

—Las cárceles y manicómos reciben su mayor contingente de los que abusan de las bebidas alcohólicas.

El abuso del vino y sobre todo del aguardiente y de los licores ocasiona enfermedades graves é incurables.

La copa de aguardiente de la mañana, la del medio día (detrás de la comida), cuando se toman por costumbre acercan la vejez y acortan la vida.

El alcohol gasta las fuerzas, mata la inteligencia, degrada al hombre y arruina sus hijos con la herencia de la locura, mal del corazón, degenerados y tuberculosos.

La embriaguez es un vicio grosero y brutal, que causa la ruina y la turbación de las familias, conduce á la vagancia, á la miseria, á la mendicidad, al suicidio y al crimen.

El hombre que abusa de las bebidas alcohólicas no puede ser buen padre de familia, ni buen ciudadano y pierde la dignidad y la libertad.

EN DEFENSA DE UN PRELADO

El director de *La Verdad*, de Murcia, ha publicado en el referido periódico un enérgico artículo protestando contra las manifestaciones del *Diario Universal*, que afirma con evidente falsedad que el reverendo prelado de aquella diócesis no ha contribuido al socorro de las desdichas ocasionadas por las últimas inundaciones, cuando público y notorio es que el señor obispo de Murcia, no tan sólo hizo entrega en los primeros momentos de *doscientas cincuenta pesetas*, sinó que después encabezó con su segundo donativo de *quinientas pesetas*, la lista formada en el palacio episcopal.

¡Así son los rotativos, y de eso modo realizan sus campañas!

AGRADECIMIENTO

—Quedámosles muy reconocidos á «El Popular» de Gijón y demás periódicos y revistas de provincias por la distinción con que nos honran, copiando algunos de nuestros modestos trabajos.

—Todos son para nosotros estímulos á seguir en la tarea emprendida de la buena propaganda.